

para sus consecuencias morales y sociales (cuando la gente habla de "venganza de sangre", o de la "sangre" que media entre los parientes del agresor y los de la víctima), la amplia significación representa un nexo conceptual distinto, místico, pero fuertemente efectivo como motivo de acción. Y esto no es menos cierto del lenguaje técnico de la economía, donde el uso de palabras como "riqueza", "pobreza", "venta", "precio", indican también las nociones corrientes en cuanto a las "relaciones importantes entre las cosas".

Repitamos una vez más que todos esos hechos están ahí, al alcance del antropólogo, "si sabe interpretarlos". Y esto sólo es posible mediante el conocimiento perfecto del idioma indígena. El "virtuosismo" del antropólogo-lingüista, que la doctora Mead considera una ambición fuera de lugar, es la mejor preparación para su tarea. Pero los ideales suelen ser inasequibles. No todo antropólogo tiene talentos lingüísticos, ni tendrá siempre tiempo bastante a su disposición para adquirir un conocimiento acabado del idioma indígena.⁵ Puede contestarse que no se obliga a ningún antropólogo a trabajar sin disponer de tiempo suficiente; pero los antropólogos no siempre son dueños de sí mismos; además, el deseo de investigar varios grupos (por ejemplo, con fines comparativos) es grande con frecuencia, mientras la vida de un hombre dura poco, desgraciadamente. Así, pues, tenemos que hacer concesiones y reconocer la necesidad de llegar a una transacción. Parece haber tres "mejores segundas" soluciones. Una es la colaboración con un lingüista que posea el conocimiento requerido del idioma. Otra, la adquisición de un fondo de conceptos vernáculos importantes para usarlos en la investigación antropológica; pero esta solución me parece que únicamente puede convenir en una investigación de alcance limitado. La tercera, es el uso de una *lingua franca* o de un idioma indígena hablado por varias tribus además del suyo propio. Mi propia experiencia puede servir de ejemplo.

Cuando trabajé como antropólogo del Gobierno en los montes Nuba, entre diez tribus pequeñas que hablaban idiomas diferentes, tuve que renunciar a mis aspiraciones al perfeccionamiento lingüístico. Pero restringí el campo de mi investigación; además, estudié uno de los idiomas nuba, que entendían varias de las tribus, mientras en otras empleé el tipo de árabe que los nubas mis-

mos habían adoptado casi como *lingua franca*. El uso de un idioma indígena ampliamente extendido entraña muchos menos peligros que el de un lenguaje extranjero. En primer lugar, los individuos bilingües no son extranjeros ni proscritos, ni híbridos culturales extrañados de su comunidad. Además, los lenguajes mismos serán muchas veces parientes próximos en estructura y en principios semánticos. Esto no se aplica, evidentemente, a una *lingua franca* como el árabe. Pero su largo uso (ahora hace dos generaciones) por algunas de las tribus nuba lo ha convertido casi en un dialecto nuevo, más adaptado a sus necesidades de expresión. Aquí, como en situaciones similares de contacto prolongado, los pueblos mismos han producido equivalentes de significado mediante un proceso gradual. Estos equivalentes no hay que descubrirlos bajo el acicate del momento, y en contextos nuevos y sin precedentes, como sería el caso si se empleara un idioma extraño. Subsistirán los peligros y los errores, pero son de menor importancia, ya que la brecha que tiene que salvar la traducción ha sido reducida.

Para terminar, volvamos a un punto a que ya nos hemos referido en este estudio. Así como el lenguaje es una herramienta de observación, así también lo es de descripción. Lo que observamos tenemos que registrarlo, y esto sólo es posible mediante el lenguaje. Evidentemente también, nuestros registros, si han de tener valor, deben ser comunicables; la exposición verbal en que describo lo que vi tiene que tener para los demás una significación precisa. La ciencia se basa en experiencias comunicables, no privadas, y para esto la primera condición es la precisión lingüística. Ahora bien, esto postula, en cierta medida, conflictos con el propósito de hacer plena justicia a la peculiaridad de las concepciones indígenas, muchas de las cuales, como sabemos, se refieren a modos de conducta, relaciones y cosas análogas, que no existen en nuestra cultura. No es de extrañar, por lo tanto, que en antropología ciertas palabras vernáculos hayan sido tácitamente aceptadas como intraducibles, tales como *mana*, *tabú*, *totem*, *potlach*. Los resultados no han sido muy felices. No habiendo sido nunca rigurosamente definidos en un idioma neutral, los conceptos así expresados han tendido a asumir un significado diferente en los diferentes contextos. Además, el expediente amenaza convertirse en costumbre, y

no es raro encontrar exposiciones antropológicas tan llenas de palabras vernáculos, que se hace necesario un glosario para entenderlas. Pero evidentemente, llevado demasiado lejos, el uso de palabras vernáculos en la descripción conduce a exposiciones que ya no son inteligibles.

El problema de la comunicabilidad no termina con los pros y los contras del uso de palabras vernáculos. La gran diversidad de maneras en que diferentes antropólogos usan términos descriptivos idénticos también produce confusión y obstruye igualmente el progreso de nuestra ciencia. Tal es el caso actualmente, por desgracia. La antropología se ha extendido tanto y su trabajo se ha dispersado en tal grado, hasta comprender diferentes culturas tan ampliamente diferentes, que su terminología está llegando al punto de perder toda identidad. Pronto se hará necesario un Concilio de Nicea de la antropología para salvar la unidad de la ciencia de los cismas terminológicos. Pero de todo esto ya hemos dicho bastante.

1 Margaret Mead (1939).

2 Estas excepciones son los nombres propios y los términos téc-

nicos específicos, como *tetraedro* o *drosophila melanogaster*.

3 Puesto que lo que primordialmente nos interesa es la "economía semántica" de los idiomas, podemos prescindir de ciertos aspectos de las palabras que no tienen importancia en este respecto. Así, no tomo en cuenta las partes "formales" del lenguaje (conjunciones, preposiciones, "cuantificativos", etc.) que "no contienen en sí mismas ninguna referencia", sino que únicamente indican ciertas operaciones cognoscitivas que han de ejecutarse con las referencias de otras palabras (véase K. Britton, 1939, pp. 114-15). Ni tomo en cuenta tampoco el uso específicamente pragmático del lenguaje, en que la palabra-signo o símbolo puede reducirse a una mera "señal" para la conducta. Por último, prescindiré de la distinción convencional (pero muy difícil en la realidad) entre las palabras "concretas" y "abstractas", que realmente puede depender únicamente del contexto en que se usa una palabra determinada (véase J. Dewey, 1938, p. 351).

4 J. Dewey (1938), p. 355.

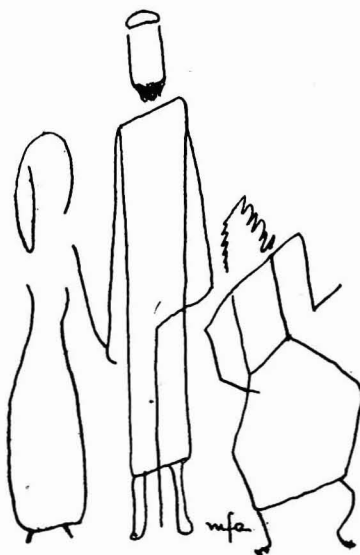
5 Si me es permitido citar mi propia experiencia personal, diré que usé el nupe exclusivamente después de seis meses de estudio, y que lo hablaba corrientemente después de nueve. Aunque el idioma nupe resulta difícil por su entonación y por la riqueza de su vocabulario, su gramática es sencilla; yo tuve la fortuna, además, de poder usar una gramática y un diccionario impresos, excelentes. Tardé seis meses en dominar un idioma nuba, que no tiene acentos y es de gramática y vocabulario sencillo, pero que no se escribe.

NAZARIN

DE
PEREZ
GALDOS

Por Margit FRENK A.

A José F. Montesinos



EN 1895, cuando publica *Nazarín*, Galdós ha dejado muy atrás al naturalismo. Ya no le interesa estudiar a la sociedad ni combatir sus taras. *Nazarín* es obra de pura invención y de arte puro, obra en que la realidad cristaliza en símbolos; novela arquitectónicamente construida, que ya no quiere ser un "trozo de vida" con comienzos y fines arbitrarios, ya no regida por la fidelidad al mundo real, sino por leyes puramente estéticas.

Esta renovación de la novela significa aquí, cosa curiosa, un retorno a la fórmula original de la novela, tal como la creó Cervantes: el autor inventa un personaje extraordinario, lo coloca en los caminos de España y hace que le sucedan una serie de aventuras, determinadas por su carácter mismo. En vez de desparramarse en múltiples y heterogéneos elementos, la obra gira en torno a un eje central que la condiciona y estructura. Maravillosa sencillez de la forma, después de la complejidad na-

turalista. Mucho de cervantino había tenido Galdós siempre; pero no lo era su espíritu de lucha. Ahora, en *Nazarín*, parece abandonar el campo de batalla y lograr, si no toda la serenidad y despegue de Cervantes, aquella tranquila superioridad cargada de bondad y de humor, aquel contemplar a sus personajes con amor y con ironía, como desde un trono.

Cuanto de protesta había en las obras anteriores, de protesta contra la "irrealidad" española, parece haberse trocado en una gran ternura por España, llena de defectos sí, pero capaz de producir tipos como Nazarín y de hacer que una prostituta haga vida de penitencia. Galdós no ataca ya la irrealidad, la acepta y la presenta en lo que de más poético y fascinante tiene. Lanza al mundo a un personaje portentoso, a un santo que imita al Nazareno, que se va por los caminos para fortalecer su alma en la lucha contra los vicios y males del mundo, para alcanzar "toda la purificación posible dentro de lo humano" y "realizar los bienes eternos". "Es un Gil Blas de la salvación, ha dicho Clarín en su *Galdós*; va a ganar el cielo, como el otro la tierra, en las vicisitudes que le ofrezca todo aquello que tropiece por el mundo adelante, al azar de sus pasos vagorosos. No tiene plan metódico, no quiere fundar, no quiere propagar, no quiere más que dar ejemplo y seguir el ejemplo de Cristo".

Como para hacer menos brusco el cambio a un nuevo tipo de novela, Galdós inicia *Nazarín* con un fragmento de novela naturalista: la descripción minuciosa de una posada de barrio bajo; el edificio, sus habitantes, el trájín, el bullicio, la suciedad y pobreza. Aquí surgirá Nazarín ante nuestros ojos; surgirá —cosa significativa— en el piso alto de la casa, visto de fuera, a través de una ventana, retratado en las palabras insultantes de doña Chanfaina y de unas mujerzuelas (cito por la edición de Madrid, 1907):

Porque es usted el espíritu de la confianza y de la bobería, y en su casa entran Lepe y Lepijo; entran también hijas, de malas madres... No repara en quién entra a verle, y a todos y a todas les pone buena cara y les echa las bienaventuranzas. ¿Qué sucede? Que éste le engaña, la otra se ríe y entre todos le quitan hasta los pañales (pp. 19-20).

Después le veremos más de cerca en su conversación con el autor; revelará su filosofía

y su manera de vivir. Vamos sintiendo curiosidad por ese tipo "extrañísimo e incomprensible", curiosidad y extrañeza, no simpatía. Ocurrirá en seguida un cambio total de enfoque: Nazario Zaharín, ese hombre de carne y hueso que el autor ha visto con sus propios ojos, pasará de golpe al plano imaginario, gracias a un hábil malabarismo:

Días tuve de no pensar más que en Nazarín, y de deshacerlo y volverlo a formar en mi mente, pieza por pieza, como niño que desarma un juguete mecánico para entretenerse armándole de nuevo. ¿Concluí por construir un Nazarín de nueva planta con materiales extraídos de mis propias ideas, o llegué a posesionarme intelectualmente del verdadero y real personaje? No puedo contestar de un modo categórico. Lo que a renglón seguido se cuenta ¿es verídica historia o una invención de esas que... resultan como una ilusión de la realidad? (p. 45.)

Galdós confiesa, pues, que su obra es pura invención; y es significativo que antes de confesarlo atraiga a los lectores con los procedimientos de la novela de su tiempo. Desde ahora Nazarín será el personaje principal; en el episodio con la prostituta Andara y en los subsiguientes irá individualizándose, adquiriendo vigor y haciéndose cada vez más humano ante nuestros ojos. Importaba caracterizarlo plenamente antes de que iniciara sus peregrinaciones; porque Nazarín, como Don Quijote, es y no se transforma; siempre lo veremos idéntico a sí mismo, asceta, puro, y a la vez ingenuo y cariñoso como un niño, burlón, impaciente, irascible, profundamente humano. Andara le cuenta de un amigo barren-

... a veces, por el Carnaval o en tiempo de baile, barría en la puerta de los teatros y casas grandes, y con la escoba recogía muchas camellas.

—Camelias, se dice.

—Camelias, y hasta rosas. Lo ponía todo en un papel con mucho cuidadito, y me lo llevaba.

—¿Qué fino!... ¿Dejarás al fin de pensar tonterías y mirarás a lo importante...? (p. 68.)

Nazarín tiene su antecedente en otros tipos galdosianos, en los semilocos, en los grandes extravagantes que tanto gustaban al novelista. Sin embargo,

Nazarín nunca es ridículo; no lo es para nosotros, aunque lo sea para otros personajes de la novela. Desde que inicia su peregrinación, su figura se destaca monumental, sobre el paisaje árido de Castilla. Muy pronto se le unirán Andara y Beatriz, integrando así ese trío que se impone a nuestra imaginación por su vigor y sugerencia plástica. En medio irá Nazarín, alto, delgado (aunque no lo diga Galdós), "descalzo, ceñida la faja sobre el chaleco de Bayona, encima el capote, encasquetada la montera y un palo en la mano" (p. 99); "la barba bastante crecida... negra y canosa, terminada airoso en punta...; su tez... [de] un color bronceado, caliente, hermoso" (p. 143). A su derecha, Beatriz "bien proporcionada de formas, alta, esbelta, casi arrogante, de cabello negro, blanca tez y ojos garzos" (p. 121), "descalza, con falda negra, pañuelo corto cruzado en el busto, un morral a la espalda, en la cabeza otro pañuelo liado en redondo" (p. 140). Y a la izquierda, la Andara, sin duda de baja estatura, con su imponente fealdad: "espantajo de los que se arman con palitroques y ropas viejas para guardar de los gorriones un sembrado;... la piel erisipelatosa, arrugada en unas partes, en otras tumefacta; uno de los ojos... mayor que el otro, y entrambos feos, aunque no tanto como la boca... No tenía el cuerpo ninguna redondez, ni trazas de cosa magra; todo ángulos, atadizo de osamenta... ¡y qué manos negras, qué pies mal calzados de sucias alpargatas!" (pp. 106-107). Andara es personaje de la picaresca, aunque sin asomos de desesperación y abundancia de infantilismo y alegría; Beatriz a su lado se nos figura un tanto pálida, mera sombra de Nazarín.

Este conjunto, esta especie de equilibrio que no lo es, produce un efecto rarísimo e imborrable. Galdós crea con él una serie de escenas maravillosas, casi musicales, en que cada personaje toca su instrumento. Cuando desde una colina contemplan el paisaje crepuscular, Beatriz, que fatigada yacía a los pies de Nazarín, se incorporó para decirle:

—Señor, explíqueme: ¿ese son de las campanas, a esta hora en que no se sabe si es día o noche, ese son... explíquemelo... ¿es alegre o es triste?

—Si he de decirte la verdad, no lo sé. Me pasa lo que a tí: ignoro si es alegre o triste. Y creo que los dos sentimientos, alegría y tristeza, produce en nuestra alma, juntándolos

de tal modo que no hay manera de separarlos.

—Yo creo que es triste, afirmó Beatriz.

—Y yo que es alegre..., dijo Andara, porque se alegra uno cuando descansa, y a esta hora el día se tumba en la cama de la noche... (p. 185).

Escenas idílicas como ésta se van entrelazando con los distintos episodios. Galdós se complace en desarrollar las situaciones que surgen por sí solas al poner en contacto a Nazarín y sus dos discípulas con el mundo de los alrededores de Madrid. Es casi un juego, una diversión poética. En realidad, nada grande ocurre en esta novela, y nada trágico: el carácter mismo de Nazarín excluye lo heroico y lo trágico. No hay más "aventuras" que la del señor de la Coreja y la del Pinto; los demás son pequeños incidentes de poco relieve. Todo el interés se concentra así en el principio espiritual, en Nazarín y sus dos discípulas. El mundo exterior es monótono y limitado; los personajes que encuentran los peregrinos son muchas veces viejos conocidos. ¡Qué contraste con la ilimitada libertad interior de Nazarín, que en sí mismo ha creado lo absoluto!

La guardia civil pondrá fin a andanzas y peripecias; el retorno a Madrid integrará la quinta y última parte de la novela. En la cárcel los criminales insultan y hieren a Nazarín, único episodio trágico de la obra. Después sobrevendrá la culminación final: el delirio de Nazarín. La realidad, confundida con el sueño, ya sólo se adivina a través de sus alucinaciones. Galdós se adelanta aquí al surrealismo:

Andara se acercó a él... y hablaron breve rato con extraña confusión y desacuerdo en lo que uno y otro decían...

—Hija mía, échate a dormir y descansa.

—Señor, no me llame más. No duerma. Recé en voz alta para que haiga ruido.

—Andara, ¿qué hora será?

—Señor, si tiene frío, pásese por la cárcel. Yo quiero que se acaben pronto nuestras penas. Me alegro que no esté Beatriz, que no es guerrera...

—Oye tú, ¿duermen todos? ¿En dónde estamos? ¿Hemos llegado a Madrid?

—Estamos aquí. Soy muy guerrera. No duerma, señor... (pp. 293-294.)

Adivinamos que Andara y el buen ladrón quieren huir con Nazarín y que él se niega; suponemos que ellos lo defienden de los curiosos en el camino a Madrid, que después lo llevan en brazos. La novela termina en la misma penumbra:

Pensó que había muerto; pensó también que aún vivía. Un ardiente anhelo de decir misa y de ponerse en comunicación con la Suprema Verdad le llenó toda el alma... Celebró con inmensa piedad, y cuando tomaba en sus manos la Hostia, el divi-

no Jesús le dijo: "Hijo mío, aún vives... No puedes celebrar, no puedo estar contigo en cuerpo y sangre, y esta misa es figuración insana de tu mente. Descansa, que bien te lo mereces..."

Esta novela con su comienzo naturalista y su final casi

unamunescos, anticipa corrientes artísticas del siglo xx. *Nazarín* revela la necesidad de una nueva forma de expresión. El arte no es ya reproducción de la realidad externa, sino reflejo de ideas y vivencias poéticas de tan compleja naturaleza, que sólo con símbolos pueden representarse.

GENERALIDADES SOBRE CREENCIAS

EN

CHIAPAS

Por Virginia R. R. de MENDOZA

De los diferentes Estados de nuestra República que he visitado, ya en el Norte, ya en el Sur, Centro y Costas del Golfo o del Pacífico, así como leyendo libros que relatan aspectos de la cultura tradicional de diversos rumbos del país, siempre he observado que pueden presentarse temas con caracteres indígenas, casi puros; hispánicos, tan bien conservados como en la península ibérica, y otros, los más comunes, aquellos que participan de esta mezcla tan interesante (india y española) que es la que ha dado nacimiento al tipo representativo del mexicano; en ocasiones inestable, inadaptado; tan pronto rebelde como sumiso; pero siempre digno; en momentos genial, produciendo revoluciones tanto políticas como artísticas, en que se plasma ya bien delineado el espíritu tantas veces aherrojado, ya por Jefes guerreros o gobiernos teocráticos prehispánicos, ya por el conquistador español fanático en su religiosidad y exaltado en su avaricia.

Y lo que ocurre con el hombre se refleja en su cultura; sometido aquél a la civilización occidental, conserva, no obstante, un gran porcentaje de los usos, costumbres y creencias de sus antepasados los indígenas.

Folklore en Chiapas.

Hubiera deseado hacer una investigación directa y acuciosa en el propio terreno, pero su lejanía y trabajos más urgentes, me han detenido en esta capital y lo que aquí ofrezco no es sino un escaso bagaje; algo tomado de la tradición oral, un poco de lo que nos refieren los cronistas que evangelizaron aquellas latitudes, y lo que consignan autores de reconocida competencia en obras bastante bien documentadas.

Dos tribus existentes en aquella región son las que más informes han proporcionado: tojolabales y tzeltales; los mayas, que están muy relacionados con la cultura que impera en esa zona, los he reservado para tratarlos en un trabajo para la península yucateca.

Tojolabales. Habitan una zona que queda comprendida dentro del Distrito de Comitán y una pequeña faja de Chilón; varios son los pueblos, rancherías y fincas en los que se encuentran distribuidos estos indios, siendo uno de los más estudiados el de La Independencia, tres leguas más o menos al NE de Comitán. Es una tribu endógama. Cuando una muchacha se enamora de un *ladino* por lo general tiene que irse de la región, pues de lo contrario podría ser expulsada.

No obstante que estos indígenas se consideran absolutamente católicos, y que diversos investigadores los han tomado como tales, adentrándonos en su psicolo-



Indígena tzeltal



Mujer indígena tojolabal

gía y casi leyendo entre líneas, podríamos decir, vemos que conservan muchas de las ideas religiosas ancestrales; existe una especie de culto instintivo hacia el Sol y la Luna, a los que atribuyen personalidad e inteligencia y de los que esperan protección. Poseyendo un espíritu medroso, se figuran ser perseguidos por fuerzas desconocidas y diabólicas; las enfermedades, las epidemias lo mismo que las tormentas, huracanes, sequías y otras calamidades, las creen producidas por espíritus malignos u otras influencias sobrenaturales; todos estos fenómenos son claros para su vista; mas la causa de ellos es un misterio que su poco saber no alcanza a penetrar. Por lo pronto se refugian en la religión católica; pero en cuanto tienen oportunidad, combaten todos los males por medio de las hechicerías. Saben por otra parte que pueden acudir a Dios en demanda de una gracia; pero de este Dios no ven sino la imagen al igual que la de muchos santos que se ofrecen a su devoción, y como son incapaces de distinguir entre lo espiritual y lo material, han caído en una especie de politeísmo que les trae el recuerdo de sus antiguas deidades; de ahí el sincretismo y la superposición constante que hace de los dioses de su panteón prehispánico con muchos de los santos del calendario cristiano.

Así nos hallamos con la devoción a San Fermín, Santo Tomás, San Jorge, San Caralampio, de gran fama en Comitán; las celebraciones en honor de Los Angeles, Todos Santos y Muertos; la Navidad con sus pastores, Reyes Magos y Sagrada Familia; las fiestas a San Isidro, Señor Santiago, San Juan y a las diversas advocaciones de la Virgen María, en las que hay derroche de incienso, ceras y gran cantidad de cohetes que llenan el espacio de luces y afectan caprichosas figuras.

De carácter indígena tenemos la creencia en los hombres rayo como el que aparece en el relato siguiente, intitulado: *Sbacaguk* (Sba-tcha-buk):

"Había dos hermanos, de los cuales el mayor era rayo; el menor no sabía nada; tenían una milpa y todos los días iban a limpiarla, pero el hermano mayor sólo trabajaba un rato y se iba. El pequeño no sabía a dónde. Un día lo siguió y vió que entraba en una cueva; allí vió al Padre Rayo acostado en una hamaca, y junto, sentado, a su hermano al lado del cual estaba un armadillo. El Padre vió al hermanito en la puerta de la cueva y preguntó al mayor que quién era. —Es mi hermanito.—Llámalo, le respondió. Y lo llamaron y le dijeron si quería convertirse en rayo, a lo que él respondió: ¡cómo no! Le dijeron: malo, escogiste la ropa, no tienes fuerzas. Le mandaron que rompiera un ocote y no pudo, que-

FOLKLORE